

González, M.; Parceró, O.; Carolo, R. (eds.) (2023): *Filosofía, control ideológico y escritura*, Editorial Síndéresis, Madrid, 414 pp.

El presente libro conforma una colección plural en muchos sentidos. Reúne una multitud de trabajos que difieren en muchos aspectos como, por ejemplo, el idioma en el que están escritos o su temática. Esta pluralidad está encauzada por el hilo conductor del trabajo: la censura. Martín González Fernández, uno de los editores, manifiesta en la presentación de este ejemplar la preocupación por esta actividad que tilda de «control ideológico y social» (p. 7). La censura, pues, es el punto de encuentro entre las dos mitades del libro: la primera trata sobre filosofía perenne y malditismo y la segunda nos habla de la relación entre filosofía, literatura y traducción.

Es preciso mencionar que estas dos mitades se corresponden con dos actividades organizadas por González Fernández en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santiago de Compostela: el simposio titulado *Filosofía perenne y malditismo* y la mesa redonda *Filosofía, literatura y traducción*. Es por esto por lo que Rocío Carolo Tosar, también editora de este volumen, estructura en dos partes este libro, respetando las líneas temáticas de las actividades que lo nutren y, de paso, haciéndolo una amalgama de muchos autores y estilos. Por último, hay que destacar que este ejemplar abre con una lección inaugural («La relación cogito-Dios en Descartes y San Agustín») y cierra con una lección de clausura («Contemplación y arte en Aristóteles, Kant, Husserl y Heidegger») obra de Benito Arbaizar Gil, al que este trabajo sirve de homenaje.

Una vez hemos visto lo formal y estructural es momento de hablar del contenido del libro. La primera parte del libro, titulada *Filosofía perenne y malditismo* abre con un trabajo de Martín González Fernández («La mitología de la filosofía perenne: crítica marxista») que sirve a modo de introducción. En él se hace una breve caracterización de la filosofía perenne para luego, tras hacer una amplísima revisión histórica, llevar a cabo una crítica desde el marxismo a la idea central de la filosofía perenne: la existencia de «verdades eternas (...), convergentes o reductibles a un núcleo duro común a todos los pueblos y culturas» (p. 43).

Otro de los trabajos que tratan explícitamente la filosofía perenne, centrándose esta vez en la figura de Aldous Huxley, es obra de Carlos Noya Saavedra («La *Philosophia Perennis* de Aldous Huxley»). Este escrito es interesante por dos motivos: primero, ofrece una base idónea para introducirse en el pensamiento de Aldous Huxley al darnos las claves de cómo este se acerca a la filosofía perenne y, también, por tratar muy claramente los objetivos principales de una de sus obras principales: *The Perennial Philosophy*; segundo, por explicar detenidamente las tres vías de entrada a la filosofía perenne: la entrada metafísica, psicológica y ética. A este se suma también el trabajo de Samar Sabat El-Ama («*Philosophia Perennis*: Pioneers ideologues»), muy centrado en la filosofía perenne y las influencias presentes en su resurgimiento en el s. XX de la filosofía oriental, más concretamente de la filosofía árabe.

Dentro de esta primera parte hay también escritos que giran en torno al malditismo. Los trabajos de Óscar Parcerou Oubiña («Benjamin y el poeta maldito»), de Dolors Perarnau Vidal («Per una mística “en el llenguatge”. Del silenci maudit al silenci com a escriptura») y de María de la Cruz Vilas Pazos («A heteronomia en Fernando Pessoa e Søren Kierkegaard: escribirse ausente para hacerse presencia»). Estos escritos dotan a la literatura de un lugar central, pero no por eso dejan de ser filosóficos. Perarnau Vidal, por ejemplo, realiza una reflexión sobre las prácticas poéticas desde los años 70 hasta hoy en base a una interpretación particular del silencio: hace «del silenci i del *menys* l’espai del qüestionament, la fissura des de la qual explorar la inconsistència i fragmentarietat de la paraula» (p. 160). Esta interpretación positiva del silencio desemboca en el paralelismo entre el místico y el poeta, buscando ambos, desde una palabra ya escindida y rota, aquello que es imposible decir.

Vilas Pazos examina en la obra de Søren Kierkegaard y Fernando Pessoa la cuestión de la muerte del autor engrosando una lista, formada por grandes autores como Roland Barthes o Michel Foucault, de gente que ha tratado esta cuestión. En consecuencia, este trabajo es una buena introducción, tanto para el lego como para el instruido, al fenómeno de la heteronomia en general y, en particular, en la obra de estos autores. Esta herramienta literaria no es inocua, sino que sirve para introducir y trabajar contenidos propiamente filosóficos: en Pessoa, encarna la «dialéctica de ser nada para ser todo» (p. 261) y en Kierkegaard sirve de «instrumento que se pon ao servizo da obra, da produción e da súa subxectividade» (p. 261).

Respecto del malditismo hemos de comentar también el trabajo de Francisco Rial Cepeda («Herexía, rebelión, ostracismo: Bruno y Epicuro»). En este se defiende que tanto Giordano Bruno como Epicuro guardan muchas semejanzas con aquellos a los que Paul Verlaine denominó como «poetas malditos» (p. 215). Su maldición, según nos explica el autor de este texto, consiste en que la relación de Giordano Bruno y Epicuro con lo que hoy llamamos filosofía perenne llevó, en su momento, a considerar parte de sus obras, si no su totalidad, como la obra de rebeldes y herejes.

El resto de los trabajos de la primera parte no se encuadran dentro de la filosofía perenne o del malditismo, pero sí se ajustan a la temática de la censura. Entre ellos, el trabajo de Sandra Cristina da Gloria Paleira Salgado («As censuras de Marisilio de Pádua»), el de Alipio Santiago Dacosta («Misticismo, discurso y transgresión») y el de Roberto Sixto Blanco («El *Discurso Verdadero* de Celso: polémica anticristiana en el siglo II»). El primero de los anteriores textos sitúa a Marsilio de Pádua como un precursor de Lutero (p. 271) debido a sus interpretaciones polémicas de la *Biblia*, que también le valieron el título de hereje y le convirtieron en objeto de censura.

Alipio Santiago Dacosta examinará en su aportación cómo y por qué el misticismo cristiano constituye un discurso marginal, y censurado desde las esferas más altas de la religión canónica, en el seno de la religión cristiana (p. 273). Para ello, examinará primero cómo evoluciona el concepto de lo místico, después defenderá que la teología mística impugna el poder político-religioso para luego, por último, centrarse en un tipo de misticismo concreto: el misticismo del *Grunt*. Siguiendo con los polémicos del cristianismo, Sixto Blanco examina en su escrito la figura de Celso, las dificultades de la recomposición de su obra *El discurso verdadero* y también sus críticas a la divinidad de Cristo, al concepto de fe y al componente discriminatorio del cristianismo, que pretende ser el único que pueda conocer a Dios y ser considerado por Él.

Los textos de Rocío Carolo Tosar («Ocaso de Occidente: Edward Spengler y Vicente Risco»), Rubén Acuña Fernández («La metáfora de los dos libros: la naturaleza en la tradición judeo-cristiana») y de Ahmad Osmán Cabrera («Escuela epistemológica francesa: la anomalía de la filosofía de Gilbert Simondon (1924-1989)») se suman al resto de trabajos de la primera parte enriqueciéndolos con nuevas temáticas, contribuyendo al objetivo de hacer un libro lo más plural posible para cuestionar el fenómeno de la censura. El primero de estos textos busca responder a la pregunta de si la obra de Spengler, *Decadencia de Occidente*, y la de Vicente Risco, *Tinieblas de occidente*, confluyen o presentan diferencias a la hora de reflexionar sobre el mismo tema: el cuestionamiento de la sociedad occidental (p. 78) y el declive de la razón moderna.

Osmán Cabrera propone un estudio de la influencia de Gilbert Simondon en el campo de la teoría de la información, haciendo especial énfasis en el concepto de información que el autor francés propone. Acaba concluyendo el autor que, tras hacer una revisión de las influencias que recibe Simondon de la escuela epistemológica francesa y su impacto en autores posteriores, la información «constituye el fundamento mismo del proceso y entramado de la realidad» (p. 101). Por último, Acuña Fernández aporta un estudio acerca de la génesis de la metáfora de la Naturaleza como libro sagrado y, además, las polémicas que generaron las diversas interpretaciones de la naturaleza como vía de conexión con Dios con aquellas que postulaban a las Escrituras como la única palabra de Dios.

Una vez revisados todos los textos de la primera mitad, es momento de hablar del contenido del resto del libro. La segunda parte abre con un escrito de Pedro Ventura («O archivo G.J. Geers e a filosofia espanhola»). Este texto es una aproximación a un futuro trabajo en el que se explorará cómo el archivo del hispanista holandés puede afectar al estudio de la filosofía española contemporánea y, especialmente, de los estudios orteguianos.

El segundo trabajo de esta sección corresponde, de nuevo, a Dolors Perarnau («Sobre a poesía como traducción e a traducción como poesía»), siendo este una transcripción de su comunicación en el simposio mencionado al inicio de esta reseña. Nos habla aquí sobre la cuestión de la traducción en la poesía, afirmando que la poesía es en sí misma una traducción: «se o pensamos ben, o propio poema é xa unha traducción (...); a propia poesía consiste nun traducir e un traducirse, buscar as palabras precisas para aquilo que non ten palabras, procurarse unha lingua dentro doutra lingua, da propia» (p. 325). Esto provoca que, en tanto que traduzcamos una obra verdaderamente poética la traducción será «ela mesma unha escritura de creación tan artística como a escritura de orixe» (p. 330) porque traducir es interpretar la exteriorización de la interioridad, la traducción de su lengua interior a la lengua exterior, que el autor del texto llevó a cabo en el momento de escribir su obra.

Esta segunda parte la cierra una extensa aportación de Martín González («In lingua Tholetana: traducciones medievales de filosofía del árabe al latín, desde Oriente, en Sicilia y Toledo (*La Carta Robada* a Edgar A. Poe)») en la que se reflexiona sobre cómo afectan las decisiones tomadas en la traducción de las obras a su contenido y, en consecuencia, a su recepción y sedimentación en el imaginario social. El caso es que en toda traducción se da una perversión del original, pudiendo incluso llegar a condicionar la recepción del pensamiento del autor. Al leer una traducción estamos siendo siempre atravesados por la interpretación de otra persona que no está libre de componente ideológico (p. 334).

Por último, es necesario hablar de las aportaciones de Benito Arbaizar. Sus lecciones desentonan con la temática general del libro, pero en la medida en que este sirve de homenaje a su figura y son exposiciones muy claras, a la par que profundas, de las relaciones existentes en el pensamiento de grandes filósofos adquieren un papel central en este libro. La relación entre San Agustín y Descartes parte de la correspondencia entre Arnauld y el propio Descartes, en la que el primero le dice al segundo que la centralidad del cogito, tal y como él lo entiende, está ya presente en San Agustín. Para Descartes el cogito se limita a la distinción entre *res cogitans* y *res extensa* (pp. 16-17) y para San Agustín es «el hallazgo (...) [que] conduce a una visión del alma como imagen del Dios Uno y Trino» (p. 16). Concluye el profesor Arbaizar Gil, echando mano de Kierkegaard, que su estudio comparativo entre estos dos autores deja ver que se «ha desplazado esa pasión de la salvación en el cielo a la dominación de la tierra» (p. 39).

En la lección de clausura se realiza un análisis que explora la vinculación arte, filosofía y contemplación en las obras de Aristóteles, Kant, Husserl y Heidegger. El trabajo concluye diciendo que la visión heideggeriana del arte pretende «instalar al hombre en el misterio habilitando la posibilidad de volver a morar poéticamente sobre la tierra» (p. 385). Se busca retomar una sabiduría que, alejándose de las pretensiones modernas, reúna creación y técnica eliminando la pretensión de reducir el ser a dominio.

En definitiva, estamos ante un libro que logra reunir satisfactoriamente muchas jornadas de trabajo realizadas en las actividades mencionadas en el primer párrafo de esta breve reseña. Este libro es de gran ayuda para introducirse y profundizar en una amplia gama de temas filosóficos heterogéneos, diversos, pero hilados finamente por sus editores a través de la censura, la traducción, la filosofía perenne y el malditismo. Es, como dice la editora en las conclusiones, un «espacio de reflexión» (p. 413) en el que todas las voces tienen sitio y que, además, debe animar a nuevas voces a sumarse a este elenco de autores y autoras para dialogar, debatir y construir nuevas vías de pensamiento, en definitiva, para hacer filosofía.

Esteban Rodríguez Bandín